

**Trabajo preparado para su presentación en el VIII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima 22 al 24 de julio de 2015**

**Área Temática:**

**Teoría Política–Dependencia, populismo y nuevas perspectivas de análisis**

## **Dependencia y Colonialidad: Narrativas del Desarrollo contra-hegemónicas y de liberación**

**Por: Paola Andrea Posada<sup>1</sup>**

### **Resumen**

Sembrar la convicción de la inevitabilidad del progreso como sino universal de las sociedades, es quizás una de las mayores conquistas del sistema-mundo moderno. Se denota el progreso como el encuentro con el bienestar de la humanidad, búsqueda inagotable e inherente a su existencia, y en tal sentido expresión moral de la misma. Y vivenciada en una forma de habitar el mundo procurando el camino infalible hacia su encuentro: apropiación, dominación, expansión, exclusión y explotación en virtud de producir bienes y acumular capital. Esta racionalidad moderna se acompaña de metarrelatos que desde la Ilustración han moldeado las subjetividades de un mundo cada vez más globalizado, apoyados en un armazón de difusión-imposición que la precede y la desborda; aglutinados desde mediados del siglo XX en el vocablo *desarrollo*, constituido eficazmente como la idea-fuerza legitimadora de los movimientos del sistema-mundo moderno en un contexto de desencanto frente a realidades que evidenciaban las ya anunciadas contradicciones de tal racionalidad. Es la denominación coetánea de lo que otrora fue la loable empresa evangelizadora de los sin alma, y posteriormente la empresa civilizadora de los salvajes. Hoy es la empresa desarrollista de los *subdesarrollados* -léase tradicionales, atrasados, pobres-.

Paradójicamente, mientras los que se han beneficiado de este sistema se dotaban de una estrategia reinventada, como podría llamársele al *desarrollo*, afloraban visos de una mayor conciencia ante los desmanes de aquello que se ha presentado como deseable y justo. Es entonces el propósito de esta ponencia, rastrear las narrativas que desde la emergencia del metarrelato desarrollista, cuentan sobre cómo se gestan oposiciones a los metarrelatos hegemónicos del sistema-mundo; unas atrapadas en la red moderna en tanto no alcanzan a ser plenamente conscientes de la estrategia de producir subjetividades subordinadas y naturalizadas, funcionales a la ficción moderna del progreso. Otras oposiciones en cambio, se presentan como opciones que intentan desentramar la red desde lugares antes inadvertidos.

---

<sup>1</sup> Docente e Investigadora de la Universidad de Antioquia, Facultad de Derecho y Ciencias políticas. Coordinadora del Grupo de Investigación Poder y nuevas subjetividades: *Otros* lugares de lo político. Medellín, Colombia. [polap2002@gmail.com](mailto:polap2002@gmail.com) y [paola.posada@udea.edu.co](mailto:paola.posada@udea.edu.co)

## **Ideas fundantes de la Modernidad occidental: una introducción obligatoria**

Señala Robert Nisbet (1981) como el *progreso* ha sido instalado como un valor de la modernidad occidental, junto con otros como la libertad, la igualdad, la emancipación y la democracia, por ejemplo. Se trata de un valor que se constituye en la fuerza impulsora del proyecto cultural de la modernidad, incluso dimensionado como artificio de fe (Bury, 1971). La idea de progreso dejó de estar situada en el campo de lo espiritual, inalcanzable en la vida terrenal, tal como se tutelaba desde las autoridades teocráticas medievales, para ser asumido desde visiones seculares en las arenas de la filosofía moderna dieciochesca, como un proceso histórico e ilimitado. El siglo de las luces acogió esta renovada idea de progreso como uno de los ideales del proyecto ilustrado.

Salir de la oscuridad a la luz, supuso la promesa de la idealización del futuro como la promesa de progreso y felicidad terrenal para la humanidad. Allí estaba la realización de todas las sociedades. Para Kant (1987), el progreso que no se agota en lo material y lo eleva al terreno de lo moral, al preguntarse si el género humano “progresa continuamente hacia lo mejor”, encuentra que la pregunta es posible cuando es el propio ser humano el profeta de la historia, el sujeto que realiza los hechos que vaticina, cumpliendo así sus fines e intereses prácticos en la historia, que para Kant es el espacio de realización de la libertad y la razón (cf Aguiló, 2010). Para este filósofo, es la Revolución Francesa -un acontecimiento político y moral- el “signo histórico” demostrativo de la tendencia al progreso moral del género humano.

En esta idealización del futuro, Turgot (1750) formula la idea de un progreso ilimitado e irreversible, relacionado con términos como incremento, revolución y nuevos acontecimiento, que para el filósofo tienen connotaciones positivas y remiten a estados de perfección y mejora gradual del pasado histórico. Para Turgot, aunque lento y con posibles desequilibrios, el progreso siempre se dirige hacia algo mejor. Por otra parte, Condorcet quien inspirado en la física de Newton, que proclamaba la existencia de leyes naturales, racionales y universales que gobernaban los fenómenos de la naturaleza, concibe que el progreso histórico no era otra cosa que una ley histórica ineludible, operando en un proceso lineal, continuo e irreversible, en una trayectoria escalonada siempre en ascenso, cuya trayectoria apuntaba hacia la realización moral de la perfectibilidad humana (Aguiló, 2010). De acuerdo a la filosofía histórica de Condorcet, el progreso histórico mundial es identificado con el perfeccionamiento intelectual, material y moral de la humanidad, para lo cual “la naturaleza no ha puesto límite alguno” (Condorcet, 1980: 82).

En consecuencia, la filosofía moderna sienta las bases del progreso como una proyección ilustrada del futuro en el que la infinitud le es propia, basado en un tiempo lineal y progresivo, provisto de felicidad y abundancia. Se trata no solo del mejoramiento de la condición humana en términos materiales, basado en el crecimiento científico, técnico y económico ilimitado, sino también el perfeccionamiento humano en lo político y moral como pensaba Kant (Aguiló, 2010). Significa, el vencimiento de la ignorancia, la creencia en el poder liberador de la razón, el dominio del pasado, que en términos de Kant (1999) es la salida del estado de “minoría de edad” del ser humano, comprendido como la incapacidad de hacer uso autónomo

y libre del propio entendimiento (*Volkommenheit*). Es la emancipación en el proyecto de la ilustración, posible sólo ante el sometimiento al gobierno de la razón humana.

Como pilares de esta concepción del progreso, pueden enumerarse cuatro: primero es la secularización, mediante la cual el significado teológico del progreso<sup>2</sup> pierde preponderancia, y se reemplaza por la idea ilustrada de la perfectibilidad del ser humano y sus infinitas potencialidades, esta vez en el plano terrenal. En segundo lugar, la concepción del tiempo lineal, irreversible y homogéneo, en efecto, la historia en la filosofía ilustrada se proyecta cronológicamente hacia un futuro infinitamente abundante e inevitablemente prometedor. Ante esto, cobra importancia la posibilidad de predecir el devenir mediante las leyes de la naturaleza conocidas. El tercer pilar es la fe en la razón y el cúmulo de conocimientos que ésta ha provisto, especialmente en el marco de la ciencia moderna desde donde se descubren las leyes naturales. Es esta última la que le permite a los seres humanos dominar y apropiarse de su entorno, convertirlos en “dueños y poseedores de la naturaleza” (Descartes, 2000: 135). Como cuarto pilar está el presupuesto de la universalidad de la ley de progreso, racionalidad que abarca a todos los individuos y sociedades, en otras palabras, a toda la humanidad.

En este punto resulta crucial hacer énfasis en el peso evolucionista sobre la concepción del progreso ilustrado, y que empieza a marcar sus contradicciones como proyecto emancipador para la humanidad. En cuanto a la virtud de perfectibilidad del ser humano y sus infinitas potencialidades, son los mismos filósofos modernos quienes se ocuparon de señalar sus límites, basados según Hegel, en la “*diversidad en el desarrollo de las disposiciones naturales, corporales y espirituales, ya de por sí desiguales*” (1937:181 § 200). Estas diferentes disposiciones se convirtieron en los argumentos legitimadores de las distancias en el recorrido del camino al progreso, en el que unos estarán siempre adelante y otros inevitablemente se quedan atrás, debido a sus propias capacidades dotadas por la naturaleza. En consecuencia, individuos y grupos, estarán lejos del progreso por razones ajenas a su voluntad e incuestionables, razones atribuibles sólo a la naturaleza.

Al respecto, Kant propone su tesis sobre la existencia de cuatro razas basadas tanto en determinaciones externas como clima y geografía, como en diferencias en cuanto al “carácter moral de los pueblos” (1996:67 cf Castro-Gómez, 2005), es decir, a diferencias internas marcadas por la capacidad de estos individuos para superar el determinismo de la naturaleza. En el pensamiento kantiano se establece que *La humanidad existe en su mayor perfección (Volkommenheit) en la raza blanca. Los hindúes amarillos poseen una menor cantidad de talento. Los negros son inferiores y en el fondo se encuentra una parte de los pueblos americanos* (Kant, 1968:316 cf Castro-Gómez, 2005).

Y a propósito de la “madurez” Kantiana (*Volkommenheit*), aquellos individuos y pueblos que se resistan a seguir el camino del progreso, son vistos por Kant como “autoculpables” y merecedores de su propia miseria, ya que desde finales del S. XVIII las condiciones están dadas para que la humanidad alcance el progreso. En igual sentido, Hegel en su obra *La Filosofía del derecho*, hace explícito otro fundamento en los límites del progreso universal,

---

<sup>2</sup> El progreso en la versión cristiana está referido al avance del ser humano hacia su destino final, bien fuera la salvación del espíritu o la condena eterna.

en tanto reconoce que “la *posibilidad de participar* en la riqueza general” está condicionada en parte por una base propia directa (capital), y en parte por la destreza, que a su vez, está condicionada por la base directa, como por las circunstancias accidentales producidas por la diversidad del desarrollo de las disposiciones naturales, corporales y espirituales. Así mismo, las circunstancias accidentales -externas- dice Hegel, pueden arrojar a los individuos a los brazos de la *pobreza*.

Este pensamiento filosófico ilustrado, cobró relevancia en la ideología surgida en el siglo XIX conocida como liberalismo. Para los liberales, la modernidad estaba dividida en tres estadios: El mercado, cuya forma ideal era el capitalismo; el Estado, cuya forma era la de estado-nación soberano -soberanía popular-; y sociedad civil. Los liberales de la época insistían en que el cambio además de normal era inevitable, pues vivían en un mundo de constante progreso hacia una sociedad justa. Y el cambio debía ser liderado no por jerarquías heredadas, sino por jerarquías naturales, aceptando que éstas no sólo eran naturales sino aceptadas por las masas populares, y por lo tanto una base legítima y legitimada de autoridad (Wallerstein, 2005).

## **El arribo de las narrativas del “desarrollo” en el siglo XX**

La historia de Europa y América ha estado ligada desde el siglo XIV, una vez los barcos genoveses atracaron en costas para ellos desconocidas. La fatal coincidencia, fatal cualquiera sea el sentido atribuible al término -destino o desgracia- determinó el futuro de ambos continentes. Para el primero se constituyó en una fuente sin precedentes de recursos, oro y trabajo no remunerado (servidumbre y esclavitud), que fortalecería un sistema económico que iniciaba su tránsito del feudalismo a lo que a partir del siglo XVII empezaría a denominarse capitalismo. Un sistema económico basado en el mercado, la propiedad privada y el trabajo remunerado, cuya perfección se encuentra en la acumulación de capital. Para el segundo, por lo menos para el territorio latinoamericano, se marcaba un futuro cimentado en el arrebato de sus recursos durante todo el Sistema colonial, la imposición de relaciones de trabajo no remuneradas, y formas de propiedad concentradas y definidas por las coronas española y portuguesa. No muy distinta fue la suerte del continente africano, fuente de esclavos y recursos que también alimentaría el sistema colonial.

Inspirados en las Revoluciones Francesa y Norteamericana, desde la segunda mitad del siglo XIX y durante el siglo XX, la liberación del sistema colonial sería la insignia que marcó las luchas nacionalista que dieron lugar a nacientes estados-nación soberanos, y el sistema colonial tal como se conocía hasta el momento desaparecería casi en su totalidad. Lo que vino a continuación puede expresarse como la lucha constante por encarrilarse en la búsqueda del progreso, pues el liberalismo ilustrado inspirador de la independencia, mostraba como un espejo la imagen inequívoca de sociedades en la senda del progreso. La tarea estaba definida, fortalecer el estado nacional, su soberanía popular, el sistema económico capitalista, pero ello no era posible sin la interiorización y exteriorización de los valores modernos liberales.

Por su puesto, la tarea no era fácil si se tiene en cuenta, primero la enorme distancia entre las sociedades europeas y las nacientes sociedades “independientes” en el recorrido del camino

hacia el progreso; sociedades reconocidas como el centro del capitalismo luego de siglos beneficiándose de las bondades del sistema colonial, mientras las otras apenas integrándose a lógicas del mercado en posición de productores-propietarios, teniendo en cuenta la presencia de la propiedad transnacional ya instalada en este territorio; por otro lado el incipiente sistema de relaciones de trabajo-capital cargado por la inercial tradición del trabajo no remunerado. Y podría también enunciarse, la conflictividad social y política enmarcada por las diferencias entre jerarquías naturales defendidas por los afines al liberalismo, y las jerarquías heredadas afines al conservadurismo, en territorios influenciados culturalmente por los herederos de la Revolución Francesa y por la herencia monárquica-colonial de las coronas española y portuguesa.

Bajo estas condiciones, se configura un contexto que anunciaba un nuevo orden en el que el sistema colonial se reemplazaba paulatinamente por un sistema capitalista que avanzaba estrepitosamente hacia su globalización, con un mayor número de sociedades interesadas en articularse en calidad de “capitalistas”; el posicionamiento de Norteamérica como el nuevo centro del capitalismo y mejor representante del liberalismo, tras el decaimiento de Europa sumido en los avatares de dos guerras mundiales, y su pérdida del dominio colonial que del cual se sirvió por cerca de cuatro siglos. Ya el pretexto para la dominación sobre el territorio latinoamericano no podría ser la evangelización, cuando ya está constituida una sociedad mayoritariamente con tradiciones judeo-cristianas; la civilización de los salvajes igualmente perdía relevancia cuando los nuevos estados nacionales se posicionaban en el camino del progreso ilustrado, adoptando no solo las instituciones modernas sino mostrando una clara determinación por adoptar sus valores y especialmente las virtudes del conocimiento científico. Entonces otro debería ser el pretexto, esta vez fue la superación de la pobreza.

Recordando a Turgot en cuanto a que el progreso pudiese ser lento y con posibles desequilibrios, esto se hacía notable en las sociedades latinoamericanas que a pesar del intento por copiar el modelo moderno ilustrado, basado en el sistema capitalista, el estado nación soberano y la configuración de una sociedad civil; la pobreza parecía ser un creciente manto de oscuridad empeñado en negar la luz prometida. En tal medida y como vindicación de la inevitabilidad de avanzar hacia un futuro feliz y su incuestionable universalidad, la nueva potencia del mundo, Estados Unidos, emprende la loable empresa de promover el progreso en las sociedades hasta ahora rezagadas en su senda. Esta empresa fue denominada *desarrollo*.

La narrativa desarrollista en sus inicios, finales de la década del cuarenta, como era de esperarse, estaba impregnada por las ideas de la modernidad ya enunciadas, la linealidad de la historia, la inevitabilidad del encuentro con el progreso, la posibilidad de predecir el futuro mediante leyes explicativas de la naturaleza, y por supuesto, su aplicabilidad con validez universal. Esta vez correspondió a las ciencias económicas elaborar formulaciones cuya aplicación permitiría a las sociedades recién bautizadas como subdesarrolladas, esto es atrasadas - no modernas, contar con un instructivo que serviría como linterna para romper la oscuridad que hasta ahora no nos permitía ver con claridad el camino del progreso. Estas formulaciones se concentraban principalmente en el estadio económico, mientras que en los estadios político y social, otras eran las estrategias de intervención lideradas por la potencia tales como procesos de militarización; de a-culturización mediante la demostración de una

sociedad desarrollada; movilización hacia las universidades norteamericanas y europeas, para formación académica de los especialistas llamados a liderar los procesos desarrollistas.

Sobre las disposiciones naturales, físicas y espirituales que pudieran obstaculizar la promesa del desarrollo, puede decirse que persistía la idea de nuestras disposiciones naturales como impedimento para controlar los determinismos de la naturaleza. Así lo muestra Arturo Escobar al citar estudios que señalan la percepción sobre Latinoamérica por parte de los norteamericanos y europeos, vista ésta como un “área aberrante, ignorante y habitada por gentes incapaces de ayudarse a sí mismas y esencialmente infantiles” (Kolko, 1988, cf Escobar, 2007:61). Siendo los latinoamericanos tratados por Estados Unidos como adultos, tal vez tendríamos que portarnos como tales, expresaba el norteamericano George Kennan (jefe de Planeación de Políticas de Estado), en aquel entonces (Idem). En consecuencia, el desarrollo requiere la guianza y tutela de un mayor de edad, aspecto por demás legitimador de la intervención norteamericana en los procesos desarrollistas, pues no podría ser posible de otro modo.

Las formulaciones científicas para el desarrollo, se enfocaron hacia el crecimiento de la economía, como escalón necesario hacia el progreso. La *modernización* fue la estrategia en punta de lanza, cuya representación estaba en la industrialización de la economía, para lo cual es indispensable el capital, la tecnología y el conocimiento científico, es de anotar que los tres son escasos en las sociedades subdesarrolladas, y por tanto, otro elemento legitimador de la intervención vía inversiones extranjeras, endeudamiento externo y difusión de tecnología y conocimientos. La modernización como enfoque del desarrollo se fundamentó a partir de la teoría elaborada por Rostow (1960), que establecía la evolución histórica como una sucesión unidireccional de etapas a seguir. Se partía de un punto conocido hasta llegar a otro punto conocido, en otras palabras, el desarrollo no era otra cosa que un proceso natural al cual todas las sociedades llegarán.

Iniciando en la etapa de *sociedades tradicionales*, caracterizadas por la falta de conocimientos técnicos necesarios; renta destinada al consumo de subsistencia y gastos superfluos; y estructuras sociales de naturaleza jerárquica y valores sociales estables. Superar la etapa de sociedad tradicional implica crear las *condiciones previas al despegue*, propuestas como el aumento del capital social fijo, sobre todo en materia de transportes que permitiera la explotación de recursos, al consolidación de mercados y una mayor eficacia en la actuación de los gobiernos. Por otro lado, siendo la industrialización el objetivo buscado, se requería un aumento en la productividad agraria mediante una revolución tecnológica en la agricultura, lo que desembocaría además en un superávit de la mano de obra rural, absorbido por la creciente industria urbana. Todo ello unido a la expansión comercial para la importación de capital y materias primas, y la exportación de productos manufacturados.

La sucesión finaliza al alcanzar la *etapa de la madurez*, caracterizada por una mayor población urbana e industrializada; aumento en el ingreso per cápita y el consecuente aumento en el consumo; fuerza de trabajo urbana con aumento de poder de negociación para mejorar su situación; industrias dirigidas por hombres ambiciosos de visión amplia; aparición de la crítica intelectual y política; y mayor valoración de la búsqueda de satisfactores que de aumentos de la producción. *Más allá de la madurez* quedan las opciones de aumentar el poder internacional de la economía, mejorar la situación de la sociedad con políticas de bienestar o

aumentar el consumo privado de masas. Esta formulación por etapas, reconocía el imperativo de unos previos o simultáneos cambios sociales que posibilitaran la aceptación de las nuevas técnicas agrícolas y comerciales, la libertad de acción de los empresarios quienes se preocupan más por su profesionalización. Es indiscutible en el avance entre las etapas, el triunfo político y cultural de los grupos modernizantes de la sociedad.

Se sumaron a Rostow y su teoría de las etapas, otros autores como Singer, Nurkse y Myrdal, quienes desarrollaron entre los años cincuenta y sesenta, la doctrina de los círculos viciosos. En ésta se ponen el acento en la falta de capital que implica una lógica circular entre la baja renta para generar el consumo y el ahorro necesarios para la producción, a su vez la baja producción supone pocos empleos y bajos salarios, lo que redundaría en la baja renta. Este círculo sólo es posible de romperse por el eslabón del capital, y siendo este un factor escaso la vía para hacerlo es mediante la inversión y endeudamientos foráneos. Para Myrdal, existe una relación causal entre producción y renta, niveles de vida, e inputs y eficiencia en el trabajo, como uno de los determinantes más importantes del subdesarrollo.

Sobre este aspecto, el autor identifica en los países subdesarrollados, actitudes y pautas que prevalecen en el individuo frente a la vida y el trabajo, que desde el punto de vista del desarrollo resultan inadecuadas, tales como: a) el bajo nivel de disciplina en el trabajo; b) la creencia en supersticiones y una irracional forma de entender la vida; c) la falta de atención, la inadaptabilidad, la poca ambición y la escasa disposición para el cambio y la experimentación; d) el bajo nivel de higiene personal y la escasa predisposición al control de la natalidad. Por otro lado, estos países suelen tener unas condiciones institucionales desfavorables para el desarrollo, definidas por el autor como *Estado débil*, entre las cuales se destacan las siguientes: a) escaso avance de la producción agrícola debido al sistema de tenencia de la tierra; b) instituciones escasamente desarrolladas para la empresa, el empleo, el comercio y el crédito; c) deficientes integraciones nacionales; d) imperfecciones en la autoridad de agencias gubernamentales; e) inestabilidad y baja efectividad de la administración pública; f) ineffectividad de órganos para el autogobierno regional y local, y la débil infraestructura de organizaciones de voluntariado.

Esta doctrina aunada al paradigma keynesiano imperante desde la Gran crisis de los años treinta, representó para los países sumidos en la carrera desarrollista no sólo un incremento desbordado de su endeudamiento externo, también una vocación al inversionismo foráneo en sus territorios nacionales, que paradójicamente se fueron plagando de corporaciones transnacionales en tensión con su cada vez más debilitado poder soberano.

## **Las Teorías de la Dependencia, como narrativas contra-hegemónicas**

Simultáneamente a las teorías que plasmaban una visión del mundo centrada en el lente moderno liberal, enfocado hacia una sociedad que material, política y moralmente se proclamaba perfecta, y en esencia capitalista; los críticos a las posiciones lineales, mesiánicas y universalistas empezaron a ocupar los debates frente al desarrollo. Lo primero a destacar es el cambio paradigmático, por lo menos parcial, al cuestionar la validez universalista y evolucionista de la linealidad histórica, planeadas en las teorías de la modernización. Se

cuestiona el considerar que todas las sociedades inician su senda hacia el progreso en una etapa igual, y agotado un proceso consecutivo de etapas previamente definidas, el resultado sería también conocido e idéntico, es decir, se alcanzaría el desarrollo. Sin ser su propósito, lo que empezó a cuestionarse fue la mirada de la historia como un proceso evolutivo natural, por un lado, y por otro el carácter universalista del mismo, al considerarse necesario mirar la historia particular de cada país. Se cuestionó además, la mirada reducida desde la ciencia económica para un proceso que guardaba una estructural interconexión entre lo económico, lo político y lo social. Con esto, el desarrollo entendido como proceso, debía considerar los aportes desde múltiples disciplinas que contribuyeran a la interpretación de realidades complejas más que a la búsqueda de leyes.

En los años cincuenta, en cabeza del argentino Raúl Prebisch, primer director de la CEPAL, estuvo el punto de arranque de lo que puede ser llamado la corriente crítica a lo que incluso antes del desarrollismo del siglo XX, era una premisa incuestionable de las economías capitalistas: la incuestionable importancia del comercio exterior para la acumulación de capital, liderada por la escuela económica neoclásica, y que era incorporada tácitamente a las prácticas del desarrollo. Con la teoría sobre el Deterioro de los términos de intercambio elaborada por Prebisch y Singer, se empezó a desmitificar la idea sembrada en la teoría del Comercio Internacional, basada en la tesis de David Ricardo, según la cual los países debían especializarse según fueran sus ventajas comparativas hasta lograr ventajas competitivas que se plasmarían en el comercio exterior como un aumento en la renta de todos los países. Por el contrario, Prebisch y Singer demostraron que para los países con procesos productivos con poca incorporación tecnológica, el intercambio con países tecnificados en el sistema internacional del comercio, presionaría a los primeros a ser competitivos vía costos de mano de obra, lo que finalmente repercutiría en una disminución de la renta nacional. Por otro lado, la especialización de unos países en la producción de bienes primarios, les implicaba una desventaja en los intercambios por bienes de capital y manufacturados.

Posteriormente, se fue formulando lo que sería la piedra angular no solo del estructuralismo latinoamericano, sino de la teoría de la Dependencia en sus versiones estructuralista y neo-marxista. El modelo Centro-periferia elaborado por Prebisch, se refiere al sistema de relaciones económicas internacionales, basado en una constelación de económica en cuyo centro se ubican los países industrializados, con un marcado avance tecnológico y niveles de productividad homogéneos en todos los sectores productivos, y con capacidad para organizar el sistema en función de sus propios intereses. Por el contrario, en la periferia se ubican los países con economías subdesarrolladas, especializados en la producción y exportación de un limitado número de bienes, y con niveles de productividad heterogéneos. Tales diferencias estructurales son la base del tradicional esquema de división internacional del trabajo, atribuyendo funciones a cada polo, reflejadas en el intercambio internacional de alimentos y materias primas por bienes industriales.

Como resultado interpretativo de estos aporte teóricos, la respuesta de la política de desarrollo propuesta por la CEPAL, que tenía como objetivo la industrialización, buscó conseguir un desarrollo orientado hacia dentro a través de la industrialización vía sustitución de importaciones; estrategia que debía ir acompañada por políticas proteccionistas moderadas y selectivas. El éxito de estas políticas fue relativo, la política proteccionista fue



moderada en algunos casos; además estaban las empresas transnacionales muchas de las cuales se beneficiaron de dichas medidas al tener inversiones en los países subdesarrollados. Por otro lado, la sustitución de importaciones produjo desequilibrios ante la necesidad de importar bienes de capital para realizar la transformación estructural (Hidalgo, 1998:116). Puede observarse como el estructuralismo latinoamericano hasta este punto, no cuestiona el fin pretendido con el desarrollo, sigue siendo la industrialización el propósito y lo que esto implica social y políticamente, similitudes guardadas con las teorías de la Modernización. La mirada diferente de los estructuralistas radica más en el proceso de alcanzarlo, advirtiendo las diferencias estructurales de cada país y el modo como este se articula al modelo Centro-periferia. Tampoco se observa un distanciamiento del campo económico para interpretar el desarrollo, quedando por fuera lo político y lo social.

Una vez se constata que las políticas recomendadas por la CEPAL no alcanzaron los fines pretendidos, se percatan de la poca importancia que se había otorgado a las causas internas del subdesarrollo, y se reflexiona sobre la insuficiencia dinámica del sistema económico en relación con el funcionamiento del sistema social. Se observan entonces, tres obstáculos económicos al desarrollo y un obstáculo social; los primeros estaban relacionados con los tres factores productivos: trabajo en cuanto existía un fuerte crecimiento de la población, resultado de mayores políticas de salud que disminuían la tasa de mortalidad, frente a una invariabilidad en la tasa de natalidad; el aumento de la población incidió en una disminución de la renta per cápita frenando el ritmo de crecimiento.

Este aumento de la población presionó a la industria cuyo papel era absorber el excedente de mano de obra resultado de la modernización agraria, y ahora se trataba también de absorber el excedente resultado del crecimiento poblacional. Para ello se requería que la industria creciera a un ritmo más acelerado que el crecimiento demográfico, pero para ello se requería capital, y aquí aparecía el segundo obstáculo. En los países subdesarrollados el ingreso per cápita era bajo lo que hacía más difícil obtener una adecuada acumulación de capital, además de la desigual distribución del ingreso que generaba tensiones sociales. La tierra era el tercer obstáculo, como ya lo habían manifestado los teóricos de la Modernización, el régimen de tenencia de la tierra y la baja productividad agrícola impedían su potencialidad para la generación de ahorro, no satisfacían adecuadamente las necesidades alimenticias de la población, e impedían la elevación del nivel de vida de la sociedad rural. Por último, aparece la estructura social caracterizada por la existencia de privilegios distributivos de la renta y la posibilidad de algunos grupos para influir en decisiones frente su distribución. Por otro lado, está el peso de la inversión extranjera que cuestiona la soberanía de los países subdesarrollados, y la ineficiencia de un Estado débil (Hidalgo, 1998:118).

Con esto se amplía el marco interpretativo estructuralista en lo que se denominó la teoría del subdesarrollo de la CEPAL, superando el análisis económico al incorporar al análisis factores sociales y políticos, así como factores internos y externos. Además de estos precedentes, la CEPAL contó con aportes de diversos autores antes de desarrollar la teoría de la Dependencia, tal es el caso de Aníbal Pinto y Pedro Vuskovic con sus estudios sobre el estilo de desarrollo latinoamericano. Argumentan que éste está basado en polos de modernidad y marginación social; así los frutos del progreso técnico aparecen concentrados tanto en el plano de lo social, como en estratos económicos, como en el plano de lo regional; es decir, se genera una heterogeneidad estructural en estos tres planos consecuencia de la desigualdad

interna en la distribución de los aumentos de productividad. Los efectos se ven en fenómenos como diversidad de estructuras productivas; grandes diferencias de productividad y retribución del trabajo, la diversidad en las formas de contratación laboral, la concentración de la propiedad de la propiedad, las diferencias en la capacidad organizativa de los distintos segmentos de la población para defender sus intereses, o las formas oligárquicas que adopta el poder político y económico. Para estos autores este estilo perverso de desarrollo se caracteriza por no permitir el derrame de las inversiones y del crecimiento económico sobre el conjunto de la economía nacional. Por el contrario es un estilo de desarrollo concentrador y excluyente, incapaz de absorber mano de obra por la industria y caracterizado por una desigual distribución sectorial, personal y regional del ingreso (Hidalgo, 1998:127). Quedan aquí esbozados los elementos que darían luego paso a la teoría de la Dependencia.

Para algunos la teoría del subdesarrollo se aproximaba a las teorías de la Modernización; mientras que para los más ortodoxos ésta se constituía en el *caballo de Troya* del marxismo. Como resultado a estas críticas, surge la teoría de la Dependencia de América Latina, en dos versiones, la estructuralista y la versión neo-marxista cuyo principal elemento diferenciador lo constituye la posibilidad de un desarrollo para la versión estructuralista, mientras que para los neo-marxistas el desarrollo es imposible. Una posible definición de dependencia que pueda ser válida para las dos corrientes, la ofrece el neo-marxista Dos Santos, teniendo que

*Por dependencia entendemos una situación en que la economía de ciertos países está condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía a la que está sometida; (así), la relación de interdependencia entre dos o más economías, y entre estas y el comercio mundial, asume la forma de dependencia cuando algunos países (los dominantes) pueden expandirse y pueden ser autosuficientes, mientras que otros países (los dependientes) sólo pueden hacer lo anterior como un reflejo de tal expansión, al que puede tener un efecto positivo o negativo sobre su desarrollo inmediato (1979:216) (cf. Hidalgo, 1998)*

Es así como con influencia marxista y cepalina surgen las primeras versiones, en la segunda mitad de década de los sesenta (1965 y 1969), primero por Fernando Henrique Cardoso y luego el mismo autor en compañía de Enzo Faletto, con la publicación *Dependencia y desarrollo*. En la versión e estos autores se contempla la posibilidad de que exista un desarrollo en la periferia, entendido como un *desarrollo dependiente asociado* vinculado a las inversiones extranjeras que producen en la periferia un proceso de industrialización basado en el sector de producción de bienes duraderos; sin embargo es necesaria una importación de bienes de capital desde el centro para mantener el ritmo de crecimiento económico, lo que repercute también hacia el centro para cerrar así el ciclo de expansión del capital. En esta medida, resulta posible que las economías centrales y periféricas sean interdependientes, así esto conserve una asimetría específica.

Para esta versión desaparece la contradicción entre desarrollo, capitalismo monopólico y dependencia, y nace el *desarrollo capitalista asociado y dependiente*. En los países periféricos aparecen sectores avanzados logados al capitalismo internacional, los sectores atrasados se convierten en colonias de los primeros; se crea un proceso simultáneo de dependencia y desarrollo capitalista en el que resultan beneficiados las empresas transnacionales y los grupos ligados a ellos. Puede observarse aquí una declinación crítica con relación a las primeras tesis cepalinas, incluso declinando la opción de la modernización.

No obstante la teoría de la Dependencia continuó desarrollándose aunque de manera difusa entre las corrientes estructuralista y neo-marxista durante los años sesenta y setenta. Otros autores, esta vez estructuralistas, presentaron un estudio histórico-estructural de la dependencia, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo* destacando el subdesarrollo como un proceso histórico.

Esta vez el análisis se remonta hasta la Revolución Industrial, exponiendo como la interacción entre el grupo de economías que la habían emprendido y aquellas que se dedicaban a la exportación de bienes primarios, ocasionaba tendencias acumulativas divergentes en el desarrollo de estos dos grupos, con un mayor beneficio para el primero. No muy diferentes los factores explicativos a las anteriores aportes de Prebisch y Singer; se trae a colación el efecto adverso de la industrialización por sustitución de importaciones, al tener un tímido efecto en la creación de industria y una clase empresarial nacional, pero pronto esta industria pasaría a manos de grandes empresas extranjeras, produciéndose una importante repatriación de beneficios, una desnacionalización de la economía y un debilitamiento de la clase empresarial nacional. Si bien, se dio un proceso parcial de modernización y expansión de actividades de uso intensivo de capital, al tiempo se originó un proceso de ruptura, contracción y desorganización de las actividades tradicionales de uso intensivo de mano de obra, repercutiendo en desempleo y marginalización. Entre tanto, se reforzaron los procesos de concentración del ingreso en manos de los ricos, lo que les permitió adoptar niveles y patrones de consumo similares a las de clases medias y altas de países desarrollados. Se acentuó la brecha entre los niveles de ingresos altos y bajos, urbanos y rurales.

Un importante aporte analítico de este estudio, es establecer que debe entenderse el sistema económico como un todo que integra las economías nacionales con la economía mundial, con subsistemas interpuestos dada la interpenetración de las economías en los planos productivo, tecnológico, de consumo, institucional, gubernamental e ideológico. De esta manera, la creación de un sistema internacional ha sido desde el comienzo uno de los elementos esenciales del desarrollo capitalista, reuniendo toda la economía mundial bajo el liderazgo de unos pocos países. Se tiene así que el subdesarrollo y el desarrollo son procesos simultáneos, las dos caras de una misma moneda, el resultado de la evolución histórica del sistema capitalista mundial, que se vinculan de manera funcional interactuando y condicionándose mutuamente. En este contexto, en el plano internacional el mundo se divide en dos grupos de países, los desarrollados, industrializados, avanzados dominantes y centrales, y los subdesarrollados, pobres, dependientes y periféricos. En el plano nacional, en los países periféricos, la división se da entre grupos sociales, regiones geográficas y actividades económicas avanzadas, modernas, privilegiadas y vinculadas a centros internacionales, y grupos sociales, regiones, actividades económicas atrasadas, primitivas, marginales y dependientes. Tal división también se da al interior de los países del centro, pero en estos prevalecen los grupos, regiones y actividades centrales. Por tanto, se concluye que

*El sistema económico internacional es, como todo sistema social, un sistema de poder, que se ha organizado históricamente como un sistema de dominación-dependencia, sesgado permanentemente en favor de los centros y en contra de la periferia, y que ha ido evolucionando a través de periodos históricos, como son el mercantilismo (1500-1750), el*

*liberalismo o imperialismo (1750-1950), y el neo mercantilismo actual, en el que juegan un papel esencial las empresas transnacionales. (Hidalgo, 1998:132)*

Entre las versiones estructuralistas de la dependencia, también resultan importantes las que hacen referencia a la dependencia tecnológica, intelectual y cultural, cuyos representantes fueron Furtado, Sunkel y Prebisch. La dependencia tecnológica se manifiesta en la poca capacidad de los países dependientes para generar innovaciones, dependiendo la transformación de sus economías de las decisiones que proceden del exterior, muchas veces en manos de las empresas transnacionales. La dependencia intelectual está referida a la subordinación incondicional de ciertos grupos de la periferia al conocimiento proveniente del centro, el cual no siempre corresponde con la realidad periférica, y se propone además que los fenómenos periféricos deben insertarse en una teoría global del desarrollo capitalista. Por último, pero no menos importante está la dependencia cultural referida al principio de *demonstración* o de *transculturización*, pretendiendo la imitación de las sociedades periféricas, de las formas de existencia de los centros, lo que produce un aumento en la demanda de bienes y servicios diversificados, pero con una productividad menor.

Aunque hasta este punto se han mostrado aportes a la teoría de la Dependencia, provenientes de ambas corrientes, en adelante se expondrán de manera específica los aportes desde el neo-marxismo, en tanto avanzan hacia la propuesta de acciones de cambio, a diferencia del estructuralismo que pareciera haberse quedado estancado en propuestas descriptivas más que programáticas. El inicio neo-marxista de la teoría de la Dependencia puede rastrearse en la moderna teoría del imperialismo, según la cual el subdesarrollo es un proceso histórico del desarrollo de los países avanzados, que tiene su origen en el imperialismo, entendido a partir de su concepción en la moderna teoría del imperialismo (sustituta de la teoría leninista del imperialismo), también de la corriente neo-marxista. Para esta versión del imperialismo, en el capitalismo monopólico, la competencia ha sido reemplazada por corporaciones que controlan la mayoría de las industrias, lo que se traduce en que la gran corporación se convierta en institución del nuevo capitalismo monopólico, incidiendo en la tendencia de aumentar el excedente económico (beneficio agregado).

Estas grandes corporaciones han sido creadas en los países desarrollados y controladas en principio por la banca, pero dado su enorme rentabilidad fueron adquiriendo independencia financiera. Los funcionarios de estas corporaciones terminan por convertirse en el estrato superior de la clase dominante desplazando a industriales y banqueros. Su capacidad monopolística le permite controlar precios y reducir costos, lo que les supone un aumento en sus beneficios. Pero el gran excedente en ingresos no pueden revertirlo en producción e consumo pues podría colapsar la economía, y acuden entonces al imperialismo como su única opción. Rechazan la estimulación de consumo vía precios, vía subsidios públicos redistributivos por considerarlos incompatibles con el funcionamiento del sistema capitalista, así que su opción para rechazar el estancamiento es el gasto militar y el armamentismo.

Para Paul Baram en su teoría *La imposibilidad del desarrollo*, el imperialismo destruye las formaciones sociales tradicionales sustituyéndolas por otras basadas en la producción con trabajo asalariado y con nuevas instituciones que sirven a los intereses del capitalismo monopólico imperialista. Parte del excedente de los países periféricos se invierte en la

construcción de infraestructuras que facilitan el drenaje del restante excedente, de forma tal que no se favorece el desarrollo de un capitalismo autóctono, sino de un sistema que combina elementos feudales y capitalistas de explotación y que bloquea las fuerzas dinámicas del capitalismo. El interés o la posibilidad de realizar una inversión productiva en los países subdesarrollados son bajos. Los campesinos no pueden invertir dado los escasos ingresos. Los terratenientes destinan gran parte de sus ingresos al consumo de lujo y el resto a inversiones a corto plazo; lo mismo ocurre con las inversiones comerciales. El principal interés de los capitalistas monopólicos es mantener su situación privilegiada y tampoco tienen un interés en invertir; y el capitalista extranjero sólo está interesado en repatriar sus excedentes. Las clases medias tampoco son inversoras ya que aspiran a tener niveles de consumo como las clases altas y destina a ello la mayor parte de su renta. La única posibilidad queda en el Estado, sin embargo éste, ya sea de tipo colonial (vinculado al capital transnacional) o de orientación New Deal (intervencionista), obedece a intereses de clase y su principal preocupación es el mantenimiento del status quo y no la inversión productiva.

Según Paul Baran, cualquier esperanza de emergencia de una clase capitalista, competitiva, dinámica y autóctona en la periferia ha sido eliminada de la historia y las condiciones económicas contemporáneas de estas economías; el capitalismo que una vez fue motor del desarrollo económico, se ha convertido en un gran obstáculo para el progreso humano y no tienen nada más que ofrecer al mundo subdesarrollado. El desarrollo es imposible bajo el capitalismo. La única solución que les queda a estos países es la revolución socialista y la instauración de un sistema basado en la colectivización de la agricultura y una expansión de la acumulación de capital en una industria de propiedad pública e inicialmente productora de bienes de capital. Si el desarrollo es imposible dentro del capitalismo, habrá que buscarlo fuera de él.

Otro de los más importantes autores de la teoría neo-marxista de la dependencia, André Gunder Frank, aplicando al modelo centro-periferia de Prebisch, presenta el modelo metrópoli-satélite planteado como resultado de las relaciones internacionales que se va configurando a nivel interno. De la misma forma que la capital nacional se convierte en satélite para las metrópolis del sistema económico mundial, éste satélite pasa a ser metrópoli de las capitales provinciales satélites, que a su vez son metrópolis con sus propios satélites; así se va configurando una cadena de constelaciones metrópolis-satélites que relaciona todas las partes del sistema mundial. Esta cadena de constelaciones es a la vez una cadena de extracción del excedente económico, ya que cada metrópoli-satélite extrae el excedente de sus propios satélites y lo transfiere hacia su metrópoli; así cada metrópoli nacional o local sirve para imponer y mantener la estructura monopolística y las relaciones de explotación del sistema que benefician los intereses de las metrópolis por cuanto les permiten promover su propio desarrollo y el enriquecimiento de su clase dominante. Según Frank existen tendencias que provocan el desarrollo de la metrópoli y el subdesarrollo de los satélites, de forma tal que el desarrollo de las metrópolis-satélites nacionales, regionales y locales es realmente un desarrollo subdesarrollado.

Posteriores aporte de Gunder Frank a la teoría de la dependencia, se refieren a las relaciones de clases en los países subdesarrollados, en las que incluye los conceptos como *lumpemburguesía* y *lumpendesarrollo*, el primero para referirse a aquella burguesía degradada incapaz de realizar una acumulación nacional, dilapidada en su consumo, cegando

así sus propios intereses reales; mientras que el *lumpendesarrollo* sería aquel desarrollo degradado fruto de la dependencia. Para Frank, la burguesía local de los países subdesarrollados (la *lumpemburguesía*) acepta la dependencia conscientemente y de buen agrado, ya que está moldeada para ello, de forma que lidera la continua extracción del excedente de sus países y, por tanto, su subdesarrollo.

Por otra parte, Dos Santos también propone tres formas históricas de dependencia: a) la colonial (S. XVI-XIX); de naturaleza exportadora, donde el capital comercial y financiero, junto con el estado colonialista, dominaba las relaciones económicas por medio del monopolio de la tierra, las minas y la mano de obra de los países colonizados; b) financiero-industrial (fines S. XIX – II Guerra Mundial); caracterizada por el dominio del gran capital en los centros hegemónicos, y su expansión al exterior por medio de inversiones en la producción de materias primas y productos agrícolas para el consumo de los centros hegemónicos; esto generó en los países dependientes una estructura productiva orientada a la exportación; c) tecnológico-industrial (desde la posguerra); basada en las corporaciones multinacionales que empezaron a invertir en industrias orientadas al mercado interno de los países dependientes. Esta última es llamada por Dos Santos *nueva dependencia*, impone una serie de límites estructurales al desarrollo industrial de estas economías, como la necesidad de divisas para los insumos industriales, las fluctuaciones en la balanza de pagos y el monopolio tecnológico de los centros imperialistas.

Así, el desarrollo del capitalismo dependiente reproduce una serie de factores que le impiden alcanzar situaciones ventajosas a nivel nacional e internacional, es decir, reproducen el atraso, la miseria y la marginación social dentro de los países desarrollados. Por todo ello, Dos Santos afirma que la dependencia ha de ser situada dentro del marco global de la teoría del imperialismo, ya que no sólo la amplía, sino que contribuye a su mejoría y reformulación, porque la dependencia es la cara interna del imperialismo y no puede concebirse independientemente de ésta. En este contexto del imperialismo sólo puede esperarse una serie de confrontaciones políticas y militares y una seria radicalización social que conducirá a los gobiernos nacionales a optar por el fascismo o el socialismo, ya que las soluciones intermedias han resultado ser contradictorias, vacías y utópicas.

Para finalizar con la teoría de la Dependencia, está Samir Amin y el *desarrollo desigual*. La obra de este autor ha transitado por las diferentes líneas de investigación neo-marxista, por lo que no puede clasificarse estrictamente dentro de la Dependencia, no obstante hizo aportes importantes a la misma. Para Amin es importante comprender la transición de la periferia hacia el capitalismo, pues es radicalmente distinta a la de los centros; así pues, al ser distinta la transición, la acumulación, la estructura y la articulación periférica también serán distintas de las de los países centrales. Para esta comprensión el autor desarrolla una periodificación histórica de las relaciones entre el centro y la periferia:

- Primera etapa: la función de la periferia fue la de contribuir, por medio de la esclavitud, el pillaje y otros mecanismos, a la acumulación originaria de los centros.
- Segunda etapa: se entró en la etapa colonial clásica donde la periferia suministraba a los centros productos alimenticios y materias primas durante el periodo de capitalismo competitivo y la revolución industrial.

- Tercera etapa: comienza hacia 1880; es la etapa imperialista del capitalismo monopólico en los centros, caracterizada por el deterioro de los términos de intercambio en la periferia. Cuenta con subperiodos, a) desde 1880 a 1943; el sistema colonial impone las formas clásicas de división internacional del trabajo, de tal manera que la periferia con capital extranjero invertido en sus sectores productivos, intercambia materias primas y productos primarios por productos manufacturados de consumo; b) desde la Segunda guerra Mundial en adelante, este periodo coincide con el establecimiento del orden económico internacional de posguerra y los procesos de descolonización y liberación nacional de la periferia; el papel de ésta va a ser distinto, ya que se desarrolla el proceso de industrialización por sustitución de importaciones con la presencia de grandes compañías multinacionales.

Amin, refiriéndose a los primeros años setenta, afirma que el modelo centro-periferia se encuentra en crisis, de forma tal que se está dando paso a un nuevo modelo que podría estar caracterizado por una especialización de los centros en las manufacturas de alta tecnología, cediendo a la periferia la producción de bienes de baja y media tecnología, cuya producción es contaminante, requiere de gran cantidad de mano de obra no técnica, etc. Esta nueva etapa permitiría a la periferia acceder a un crecimiento industrial importante, continuando los centros con el control de los mecanismos de generación del excedente por medio de la tecnología; sin embargo las propias contradicciones del sistema harían que, en esta nueva etapa de acumulación capitalista, el agente fundamental de las relaciones de producción sería el Estado. Las consecuencias de esta transición son la orientación extrovertida del capitalismo periférico, la tercerización de su economía y la especialización industrial en ramas ligeras, que se traducen en la existencia de fuertes desigualdades intersectoriales, que desarticulan la economía y provocan la subordinación a los centros.

Ya en la década de los setenta surgió el enfoque del *sistema capitalista mundial* como herencia del imperialismo, del intercambio desigual y de la dependencia. Uno de los autores más destacados fue Immanuel Wallerstein con el *moderno sistema-mundo*. Según Wallerstein, los sistemas- mundo que se han dado a lo largo de la historia son de dos tipos, los imperios-mundo, existentes hasta el siglo XVI, y la economía-mundo, desde dicho siglo; estos dos conceptos se diferencian en el carácter de las relaciones que vinculan las diferentes partes del sistema, que en el caso de los imperio-mundo son de carácter político del primero y en el de la economía-mundo de carácter económico. Este autor describe el moderno sistema-mundo como capitalista, distinguiendo entre capitalismo central y periférico, o lo que es lo mismo, entre desarrollo y subdesarrollo. En el sistema mundial el proceso de subdesarrollo comienza con la incorporación de áreas externas dentro del sistema, la *periferización*; así el sistema mundial se va expandiendo desde Europa Occidental hacia América Latina, Asia y África. El proceso de periferización pasa por tres fases: la primera es la incorporación de las áreas externas dentro del sistema mundial; la segunda es aquella en la cual la nueva periferia se convierte en un área de producción de los centros con distintos modos de explotación, que van a influir decisivamente en el desarrollo social y político; por último, la tercera fase es aquellas en la que el proceso de subdesarrollo continúa hasta el final, deteriorando la posición de la periferia.

El proceso de periferización continuará hasta que todas las áreas externas queden incluidas en el sistema mundial. En estas condiciones es muy difícil romper las relaciones de

dependencia a iniciar un proceso de desarrollo autosostenido; los países periféricos, forman parte del sistema mundial y tienen sus posibilidades de transformación limitadas dentro de la economía-mundo capitalista. El desarrollo dentro del sistema mundial es básicamente cuestión de un cambio desde una posición estructural periférica a una semiperiférica, y esto es algo a lo que sólo pueden llegar unos pocos países. Por tanto, el verdadero cambio que sería necesario para solucionar el problema del subdesarrollo sería la transformación del sistema capitalista mundial en un gobierno socialista mundial.

Para finalizar con la corriente neo-marxista, está la *tesis de la desconexión* propuesta por Samir Amin, la cual se constituye en la consecuencia lógica dentro del discurso intelectual sobre el desarrollo de esta corriente. Por la desconexión debe entenderse una subordinación de las relaciones exteriores de una sociedad nacional popular a los imperativos de las complejas etapas de su desarrollo interno autocentrado; ello supone la organización de una serie de criterios de racionalidad de las elecciones económicas basados en las necesidades nacionales y populares, independientemente de los criterios de racionalidad económica que resultan de la dominación de las leyes del capitalismo a escala mundial. La desconexión sería un método para la construcción de un sistema mundial policéntrico apoyado en la solidaridad y el internacionalismo. A esta tesis se articulan cuatro proposiciones:

- La periferia necesita desconectarse a consecuencia del desarrollo desigual del capitalismo.
- La desconexión es una condición necesaria para el avance socialista.
- La desconexión no es condición suficiente para una evolución hacia un socialismo definido de antemano.
- La desconexión ha de discutirse en términos políticos, ya que las presiones de la economía no son absolutas.

Para el autor, la expansión capitalista impide que las periferias se conviertan en centros, pues si bien dicha expansión tienen la facultad de homogeneizar la sociedad en los centros, en la periferia la desintegra y agrava las desigualdades sociales, haciendo imposible la constitución de un estado nacional burgués con una economía autocentrada. Cuando la burguesía periférica trata de controlar su proceso de acumulación de capital fracasa, por lo que se ve obligada a establecer un pacto con las fuerzas del imperialismo neocolonialista, que desarrollan en su lugar el capital industrial. El hecho de que la burguesía periférica no sea capaz de controlar su propio proceso de acumulación de capital, se hace necesaria la opción popular revolucionaria que inicie el proceso de desconexión, como primer paso hacia la instauración del socialismo.

## **El “otro” desarrollo y la opción decolonial**

Durante los años setenta las narrativas del desarrollo dejaron de referirse al desarrollo como cuya finalidad era la acumulación de riqueza para hacer alusión a un desarrollo con el propósito central es el de satisfacer las necesidades humanas tanto materiales como inmateriales. El surgimiento de estas nuevas narrativas desarrollistas se explica en parte por el fracaso tanto de las teorías de la modernización como de las teorías de la dependencia



(estructuralista y neo-marxista) para proporcionar soluciones efectivas al subdesarrollo. También el auge de diferentes movimientos ecopacifistas en los países desarrollados y de las filosofías gandhiana, budista, islamista y otros movimientos sociales de feministas, indigenistas y de afrodescendientes en muchos países subdesarrollados.

Una de las formulaciones más uniformes de este otro desarrollo, lo contiene el relatorio de Uppsala, según el cual los elementos definidores son:

- El desarrollo igualitario: la satisfacción de las necesidades humanas básicas, tanto las materiales como las inmateriales.
- El desarrollo endógeno: un desarrollo que arranque del corazón de cada sociedad, siendo ésta la que defina soberanamente sus valores y la visión de su futuro.
- El desarrollo autónomo: la confianza de cada sociedad en su propia fortaleza y en sus recursos, en términos de la energía de sus miembros y de su medio natural y cultural.
- El desarrollo ecológico: la utilización racional de los recursos de la biosfera con plena conciencia del potencial de los ecosistemas locales y de los límites externos, globales y locales, impuestos a las generaciones presentes y futuras.
- El desarrollo con transformación estructural: la creación de las condiciones necesarias para la autogestión y la participación en la toma de decisiones de todos los afectados por ellas, tanto en las comunidades rurales como urbanas de todo el mundo, sin las cuales el éxito de este desarrollo no podría alcanzarse.

Otras formulaciones complementarias surgieron desde los mismo setenta hasta al actual siglo (XXI), entre las cuales pueden mencionarse el endodesarrollo, etnodesarrollo, género y desarrollo, desarrollo rural, desarrollo humano, desarrollo sostenible o sustentable, desarrollo local - territorial. Todos ellos ponen en el centro al ser humano y la satisfacción de sus necesidades; y de manera significativa empiezan a hacer central las diferencias particulares de los grupos en términos raciales, sexo-genero; también diferencias geográficas y culturales, además de la relación entre la satisfacción de las necesidades fundamentales de los seres humanos con el ecosistema. Esto es un avance en cuanto al cuestionamiento del universalismo predicado por las teorías del desarrollo en los marcos de la modernización, incluso del estructuralismo y neo-marxismo que poco avanzaron en la diferenciación particular de los grupos sociales, excepto por la categoría de clases sociales para los neo-marxistas o los diferentes momentos históricos de cada país en el inicio del proceso desarrollista.

Esto que empezaba a tener forma en expresiones sociales y efectos políticos, fue apareciendo en las teorías del sistema-mundo de Wallerstein en los setenta, y posteriormente en la teoría de la Colonialidad de Aníbal Quijano en los noventa, que no trataban de explicar, por lo menos de manera directa, el subdesarrollo, pero sin dudas sus aportes redimensionaron el espectro interpretativo del mismo, pasando de categorías económicas y políticas, hacia su articulación con categorías sociales y culturales, sin abandonar la mirada sistémica e histórica, en esta última, incluso avanzando hacia la comprensión de largos periodos, que llevan el análisis hasta el momento del “descubrimiento” e invasión del territorio americanos, por parte de los europeos en el siglo XIV.

Sin embargo antes de iniciar el recorrido por estas narrativas, es importante detenerse en la teoría del *Desarrollo a Escala Humana* elaborada por Max Neef (y otros), pues esta teoría hace aportes que bien pueden considerarse como críticos a las visiones más ortodoxas del desarrollo. En primer lugar, se hace una importante distinción en las necesidades humanas, calificadas por los autores como fundamentales, distinguiéndolas entre axiológicas y existenciales, poniendo con ello de manifiesto la complejidad de las necesidades que deben ser satisfechas por el sistema, cuya satisfacción no se agota en el mercado de bienes y servicios; y segundo, se precisa que las necesidades no son infinitas, por el contrario son finitas y son iguales cualquiera sea el momento histórico o la localización de los seres humanos, por el contrario lo que puede cambiar son los satisfactores según sea la cultura, esto propone un cuestionamiento a la pretendida infinitud del progreso material, en tanto este debe estar en satisfacción con el bienestar humano, el cual se puede satisfacer considerando las limitadas necesidades fundamentales de los humanos.

Otro aspecto destacable, es la base de este enfoque del desarrollo para el que el fortalecimiento democrático es esencial, con movimientos sociales autónomos en los espacios de toma de decisiones con la capacidad para transformar el orden económico y político por otros que recojan las heterogéneas expresiones sociales. Y por último, está establecer como el centro del desarrollo al ser humano como sujeto del desarrollo ya no objeto del desarrollo, con lo cual se da una reivindicación necesaria de lo subjetivo, llevando ahora el protagonismo de los productores, el Estado, el mercado, a los sujetos sociales. Con todo esto, este enfoque se constituye como uno de los más importantes aportes a la crítica de los enfoques ortodoxos y hegemónicos. Sin embargo tanto el desarrollo a escala Humana como los enfoques que se fundamentan en los postulados propuestos en el Relatorio de Uppsala, no alcanzan a salirse del marco impuesto por la idea del desarrollo, más allá de que se intente poner el foco en categorías sociales y culturales.

La importancia de la reivindicación del sujeto en la historia tiene connotaciones epistemológicas y políticas; en cuanto a lo primero, “la importancia del tema de los sujetos estriba en que constituyen un esfuerzo significativo para alcanzar una mejor captación de la realidad histórica, en tanto conforma un horizonte que articula diferentes planos de lo social” (Zemelman, 1996:97) En cuanto a las exigencias políticas, el rescate del sujeto resulta aún más necesario, dado que los poderes que regulan el orden mundial actual hace todo lo posible por minimizarlo o anularlo, por quitar a los individuos y colectivos la posibilidad de pensar por sí mismos sus posibilidades de desenvolvimiento, condenándolos a un discurso único y a un conformismo que elimina todo horizonte utópico alternativo al orden imperante. Bien podría decirse, que en este sentido la idea de progreso moderna en la realidad se ha convertido en una práctica de realidad eterna e infeliz.

Ya las teorías del desarrollo creadas desde los estructuralistas y neo-marxistas habían puesto ontológica y epistémicamente las categorías de lo social y lo político en la arena del conocimiento y el debate sobre el desarrollo; pero seguían paralizados en concebir al “sujeto histórico” encarnado socialmente en una clase o en otra relación predeterminada política o ideológicamente, sin capacidad de crear su propia historia. Se requiere para ello desprendernos de la “racionalidad socio-histórica” entendida como el cúmulo de supuestos, teorías, formas de entendimiento (creencias, pensamientos, estrategias de acción) que caracteriza y da fundamento a la vida social, por “racionalidad epistémica” entendida ésta

como el esfuerzo crítico del razonamiento capaz de lograr los siguientes productos: en primer lugar, reconocer los determinismos históricos y valóricos en los que está inmerso el mismo investigador así como su objeto de estudio y, en segundo lugar, proponer un rebasamiento de los límites de la racionalidad existente. Este rebasamiento crítico condicionará un crecimiento tanto del pensar como del contexto cultural problematizado, lo cual obligará a la transformación de la realidad establecida (Luminato, 1995).

Se procura ahora evocar la “conciencia “histórica” no como predeterminación de fines, del desarrollo o del progreso, sino como una forma de razonamiento inmersa en la historia, dialogando con su propia dinámica. Zemelman nos invita a ver la historia no con una única dirección, por el contrario, asumida como realidad compleja, indeterminada y abierta en múltiples direcciones. La realidad es entonces historia porque ella es “un campo de acciones alternativas capaces de crear realidades”. De esta manera, la forma de razonamiento, la cuestión “desde donde leer” (razonar) puede ser abordada desde los sujetos sociales que tienen la posibilidad de crear historia. Según Zemelman, para avanzar en la dirección de una formación más amplia del sujeto, que permita el distanciamiento de su contexto, se requiere colocar en la base del proceso de construcción del conocimiento (y de la formación del sujeto) una subjetividad que se considere en su naturaleza constituyente. Ella es la que le permitirá, en última instancia, cuestionar los límites de lo cognitivo desde una pluralidad de lenguajes que son los exigidos para distanciarse de los constructos.

Este sujeto fundador y activo que se pretende “puede romper con lo evidente porque anima las formas del lenguaje. Es el que resiste la inercia y el que atraviesa hacia lo inédito en la búsqueda de nuevas significaciones y que, por lo mismo, necesita de un lenguaje abierto a lo nuevo. El lenguaje de la mente utópica cuyo contenido es la incorporación de lo constituyente, en vez de quedarse atrapado en lo ya producido. En este proceso de construcción de subjetividad, se plantea que el desafío “consiste en recuperar la historia a través de una objetivación del sujeto con base en la ampliación de la conciencia de su historicidad y de su colocación desde lo utópico, para escapar de los bloqueos que siempre le impone el poder” (1992:52-53). Un sujeto que desde su misma aventura pueda romper con todo lo sólido que nos proporciona la memoria sobre lo que se ha acumulado para volver más atrás, hasta sus raíces, y así descubrir como la historia oculta los desafíos bloqueando nuestra mirada y mutilando nuestra imaginación. Recuperar esta aventura obliga a asumir la voluntad de construir y a la vez estar en la historia para forjar los ámbitos de sentido en cuyos cauces hay que ver las conductas y las experiencias, en forma de responder al desafío de cómo el hombre transforma su época en experiencia (1998).

Ahora bien, desde una racionalidad epistémica la historia vista como un entramado de lógicas y acciones que han pretendido homogeneizar la vida social negando o anulando el sujeto, considerado como un actor determinado objetivamente, llamado a construir una única realidad y desde una única subjetividad, el planteamiento de la Colonialidad de Aníbal Quijano, llega a constituirse como un aporte crítico en la problematización del contexto cultural dado, en una lectura de la historia tratando de advertir sobre los determinismos históricos y valóricos a partir de los cuales se han producidos subjetividades subordinadas y por ello funcionales a formas de poder articuladas bajo un mismo patrón moderno y colonial, y por aportes de Wallerstein desde sus análisis del sistema-mundo también puede decirse que patriarcal. Los pilares de este patrón son la idea de raza y el capitalismo, el primero entendido

como la naturalización de las relaciones de dominación/dominado a partir de las diferencias fenotípicas que crean identidades jerarquizadas, ubicando en la cima de la escala evolutiva al blanco europeo, y por tanto es este el sujeto legitimado naturalmente para acceder a los mejores lugares, roles y recursos. En cuanto al capitalismo, la articulación sistemática de todas las formas de trabajo y mercados a la acumulación de capital. En el sistema-mundo, Wallerstein a la categoría de raza agrega la de sexo como excepciones naturalizadas al universalismo, y por tanto útiles para el progreso pero no necesariamente beneficiados por este.

Este patrón es global en cuanto articula todas las formas de poder históricamente conocidas: la empresa capitalista en el control del trabajo; el estado nación moderno, en el control del poder; la familia burguesa en el control del sexo y el cuerpo; el eurocentrismo en el control de la subjetividad. Debe entenderse por eurocentrismo la racionalidad secular burguesa de los hombres blancos europeos, cuyo propósito es imponer una subjetividad mundial única y homogénea, con una única cultura, unos únicos valores, los de la Modernidad Occidental, es esta subjetividad la que recibe el nombre de Colonialidad. Es dentro de este patrón que se producen unas subjetividades subordinadas y otras dominantes, al interior de la matriz de la colonialidad compuesta por la colonialidad del poder (económico y político), la colonialidad del ser, y la colonialidad del saber (W. Mignolo), y por último la colonialidad de la naturaleza (E. Lander). Se tiene así que lo que se desarrolla entonces no es solo la economía, se desarrolla todo el patrón del poder, articulando entonces lo económico, lo político, lo social, y de manera esencial la cultura o de manera más amplia, las subjetividades.

Liberarse de la colonialidad representa un “desprendimiento epistémico” (W. Mignolo) que llama primero a la descolonización epistémica para dar paso luego a una comunicación intercultural que pueda pretender, con legitimidad, alguna universalidad (A. Quijano), en tanto el eurocentrismo supone una excluyente noción de “totalidad” que niega, excluye, opaca la diferencia y las posibilidades de otras “totalidades”. A este desprendimiento epistémico debe sumarse la reconstrucción de historias, de subjetividades, lenguajes y conocimientos visibilizados por la totalidad moderna-racional. Para Quijano, este desprendimiento epistémico avanza paralelo al “de-linking” de Samir Amin, refiriéndose con este término al desprendimiento económico. Superar el concepto de totalidad que subyace al eurocentrismo, para reemplazarlo por la idea de totalidades coexistentes en lo que deja de ser universal para ser pluriversal, y así la modernidad de occidente se redimensiona a la transmodernidad (E. Dussel), aceptando que la modernidad no es un proceso inventado o exclusivo de los europeos, pues otros mundos, otras culturas han avanzado dentro de sus propios tiempos, dentro de sus propias lógicas, en tal medida, aceptando la noción de lo moderno como lo nuevo, esto no es exclusivamente de occidente.

Dentro de este enfoque, el desarrollo se constituye en un instrumento de dominación que descansa en medio de la asociación estructural entre modernidad y capitalismo, estructura compuesta del entramado de relaciones sociales intersubjetivas, basadas en la clasificación racial y sexual de la población mundial, y un sistema de explotación articula todas las formas de control del trabajo mediante una única estructura homogénea: el capitalismo. En esta asociación estructural o patrón del poder, la modernidad se constituyó en un fenómeno planetario asimétrico de los conglomerados sociales y de las estructuras sociales de poder, que lejos de representar la liberación de la humanidad (como lo planteaba la ilustración), se

constituyó junto con el capitalismo, como parte integral del patrón mundial del poder. El eurocentrismo, resulta el sistema de producción y control de las subjetividades y control de las relaciones intersubjetivas. Es un modo de imponer sobre los dominados un espejo distorsionante que les obligará más adelante, a verse con los ojos del dominador, encubriendo sus perspectivas históricas y culturales autónomas.

En este orden de ideas, la reivindicación del sujeto en la historia, que desde una racionalidad epistémica pueda reconstruir sus subjetividades reconociendo lo constituido pero ante todo constituyente, como su fuerza creadora de su propia historia, está llamado a ponerse en la frontera de lo hasta ahora conocido, lo que hasta ahora ha sido teorizado, y emprendiendo un desprendimiento epistémico de la racionalidad eurocentrista, podrá iniciar la travesía hacia su liberación.

## Bibliografía

- Aguiló, Antoni (2010). HACIA UNA NUEVA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA. UNA REVISIÓN CRÍTICA DE LA IDEA DE PROGRESO A LA LUZ DE LA EPISTEMOLOGÍA DEL SUR. En *aposta revista de ciencias sociales*. nº 47, Octubre, Noviembre y Diciembre 2010. Universitat de les Illes Balears.
- Bury, John (1971), *La idea del progreso*, Alianza Editorial, Madrid.
- Castro-Gómez, Santiago (2005). La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada. 1ª Ed. Editorial Pontificia javeriana, Bogotá, Colombia.
- Condorcet, N. (1980), *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Editora Nacional, Madrid.
- Descartes, R. (2000), *Discurso del método*, Alianza Editorial, Madrid.
- Escobar, Arturo (2007), *la invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. 1ra Ed. Fundación Editorial el perro y la rana. Caracas, Venezuela.
- Hegel, G.W.F (1937). FILOSOFÍA DEL DERECHO. Editorial CLARIDAD, Buenos Aires, Argentina.
- Hidalgo, Antonio (1998). EL PENSAMIENTO ECONÓMICO SOBRE EL DESARROLLO. De los mercantilistas al PNUD. Universidad de Huelva. España.
- Kant, I. (1987), *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, Tecnos, Madrid.
- (1999), ‘Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?’ , en Kant, I., *En defensa de la Ilustración*, Alba, Barcelona, 63-71.
- Luminato, Suzana (1995). La función de los valores en el pensamiento filosófico latinoamericano. En: *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*. UNAM-Nueva Sociedad, caracas.
- Max Neff, Manfred y otros (1986). Desarrollo a Escala Humana una opción para el futuro. En *Development Dialogue Número especial 1986*. Cepaur Fundación Dag Hammarskjöld,
- Mignolo, Walter (2010). DESOBEDIENCIA EPISTÉMICA: RETÓRICA DE LA MODERNIDAD LÓGICA DE LA COLONIALIDAD Y GRAMÁTICA DE LA DESCOLONIALIDAD. Colección RAZÓN POLÍTICA. Ediciones del Signo. Buenos Aires.
- Nisbet, Robert (1981), *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona.

Quijano, Aníbal (2000). COLONIALIDAD DEL PODER, EUROCENTRISMO Y AMÉRICA LATINA. En: *la colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Edgardo Lander (compilador). CLACSO, Buenos Aires.

Quintero, Pablo (2013). DESARROLLO, MODERNIDAD Y COLONIALIDAD. En. *Revista de Antropología experimental*. No. 13, Texto 5: pp 67-83

Turgot, A.R.J. (1750). *Cuadro filosófico de los progresos sucesivos del espíritu humano*. Discurso pronunciado en la Sorbona.

Wallertein, Immanuel (2005). Análisis de sistemas-mundo. Una introducción. Siglo Veintiuno Editores.

Zemelman, Hogo (1992). Educación como construcción de sujetos sociales. En *la Piragua* #5, CEAAL, Santiago de Chile.

\_\_\_\_\_ (1995) (coord.). Determinismos y Alternativas en las Ciencias Sociales de América Latina. UNAM- Nueva Sociedad, Caracas.